

# el Mirador

## La literatura da dinero (dicen)

Esto de los "best-sellers" no deja de ser curioso. Todo el mundo tiene su teoría sobre cuál sea su secreto. Todo el mundo, menos los editores que, como son quienes los cocinan y aderezan, están al cabo de la calle. Algunos escritores afortunados han empezado a explicarnos por qué sus libros se venden tanto y tan poco los de sus compañeros de profesión. Así, Fernando Sánchez Dragó, autor de la vendidísima obra *"Gárgoros y Habidis. Una historia mágica de España"*, ha declarado a un semanario madrileño: "¿Quién dice que la literatura no da dinero en España? En este país, como en cualquier otro, los libros se venden si están bien escritos y saben atraer al público".

Si bien se mira, la opinión de Sánchez Dragó es revolucionaria. Viene a invertir todos los términos en que se plantea la comercialidad de la literatura. Si lo que cuenta es la calidad, estamos aviados. Sin salirnos de este país, habría que iniciar una nueva valoración de jerarquías estéticas y demás. Por ejemplo, cuando escribimos la historia literaria de estos años, dedicar páginas y páginas a Ángel Palomino, a Fernando Vizcaíno Casas, etc., y dejar en un rincón, olvidados y marginados, a Eduardo Blanco-Amor, a Gonzalo Torrente Ballester, a Rafael Dieste o a Rafael Sánchez Ferlosio, por ejemplo. Si la ecuación calidad igual a mayor venta que propone Dragó es cierta, resulta que **"Y al tercer año resucitó"** sería una obra maestra, como lo sería **"Memorias de un intelectual antifranquista"**. Y si nos vamos hacia el pasado, Galdós tendría que ceder sitio a Fernández y González, y Valle-Inclán a Pedro Mata.

Nadie duda que el criterio comercial al hablar de literatura sea un criterio respectable. Que se lo digan a la inmensa mayoría de los editores españoles. Lo que es más duro de pelar es que las mieles de unos cuantos miles de ejemplares vendidos den razones para pontificar sobre lo que es buena y mala literatura. Propongo seriamente que en vez de tanta "Historia social de la literatura" como anda por ahí se ponga en marcha un proyecto de "Historia comercial de la literatura". Tal y como están las cosas, puede que explique mejor la profunda miseria cultural de este tiempo y este país que el más sofisticado análisis histórico.

Está muy bien que haya escritores que vendan mucho. Lo que no está tan bien es que por ello empiecen a creerse que venden porque son los mejores. Un poco fuerte la cosa. Por esa vía nos vamos a una especie de darwinismo cultural, donde no ganan sino los más fuertes. Sólo que para eso, en sociedades como las nuestras, lo que cuenta no es la inteligencia o la capacidad artística. También cuenta, por ejemplo, tener una buena pasta para pagarse una abundante publicidad o tener mano en los grandes medios de comunicación de masas. Algun día habrá que escribir también una "Guía secreta de los 'best-sellers' españoles".

JAVIER ALFAYA

## Elogio desmedido de... Juan García Hortelano

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Cuando las dos primeras novelas de García Hortelano fueron premiadas y editadas por Seix Barral, de algún modo se premiaba también a una temática nueva en aquel tiempo: la crítica de la clase media y alta madrileña, de la sordida burguesía de la capital. Porque, dejando aparte juicios de valor literario, ni *La colmena*, ni *El Jarama*, ni *Tiempo de silencio* (las tres novelas más representativas de las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta, respectivamente), pese a que sus acciones se desarrollaban en Madrid y alrededores, tocaban el tema de la burguesía capitalina más que de refilón. Eran novelas sobre el Madrid de la posguerra, y el hambre, el miedo, la chatura mental, el obligado silencio y el subdesarrollo campean en sus extraordinarias páginas.

Pero el fenómeno García Hortelano fue otra cosa.

El Premio Biblioteca Breve a *Nuevas amistades* y el Premio Formentor a *Tormenta de verano* fueron como un alieno dado al escritor que abría una brecha de luz sobre la absurda y ridícula clase social que jugaba a modernizarse: retrataba sus fiestas y guatiqués, flirteos y falsas liberaciones sexuales, en medio de un ambiente que olía a berza y a confesonario. El moderado escándalo que estas dos obras levantaron en los ambientes madrileños hace recordar al más amplio que en su época armaron ciertas novelas de Galdós: unos negaban que aquellos retratos sociales fuesen correctos, ajustados y dignos, y otros intentaban imitar ambientes y personajes, por aquello de estar a la moda, sea la que sea. ¡Faltaría más!

Desde sus primeros viajes a Barcelona, en la *Casa oscura*, en bares y otros lugares de charla, donde fuese, me sorprendieron la vitalidad y el desenfado de García Hortelano, que, por su cuidado atuendo y su bigote, más parecía un inspector de Hacienda o un ingeniero de Montes que un novelista. Luego supe que trabajaba en

un Ministerio, y si por un lado, el de su porte externo, se aclaró la cuestión, por otro, el de su verdadera personalidad y el de su ideología, la cosa se complicaba. En aquella época era difícil entender que en Ministerios y otras dependencias del Gobierno pudiesen existir funcionarios antifranquistas. Por fortuna sí los había, y aunque eran pocos, sirvieron de apoyo a mucha gente que, en la clandestinidad o en la calle, y también en la cárcel, sufria los rigores de la represión.

García Hortelano, como novelista y como persona, contribuyó, como otros escritores, a un mutuo acercamiento cultural entre Barcelona y Madrid, dos islas que hasta bien avanzados los años cincuenta permanecían alejadas y desconociéndose. Lo hizo de una manera informal, a su aire, respetando derechos adquiridos por gente que le precedió —Jaime Salinas, Carmen Martín Gaité, Carlos Barral y el etcétera de turno, no muy largo— y haciéndose querer por todos. Es muy cariñoso, decían, parece de buena familia, debió salirse del seminario, es un amor. Y Juanito

sonreía, saludaba a las chicas y se dejaba querer. A la mañana siguiente tomaba el avión para Madrid y, ¡hala!, a trabajar en el Ministerio, a escribir todo el tiempo que podía, y a asistir a reuniones políticas clandestinas, casi aunque no tuviese tiempo.

No le he perdido la pista, no, y he seguido viéndole y leyendo sus libros posteriores: *Gente de Madrid*, *El gran momento de Mary Tribune* y *Apólogos y milesios*. Ultimamente escribe poesía, y dice que todo novelista debiera acabar escribiendo poesía. No sé cómo se han tomado este juicio los penados de la narrativa. Pero García Hortelano, aparte de poetizar él, ha publicado una polémica antología: *El grupo poético de los años 50*, grupo que, como él dice, nunca existió. De acuerdo, pero el prólogo a esta antología bien vale la invención. ●

